ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

MAS VALE
LLEGAR Á TIEMPO...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ESCRITO POR

DON JOSÉ DE FUENTES

Y

DON AURELIO ALCON.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1874.

MAS VALE LLEGAR Á TIEMPO...

PROVERBIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ESCRITO POR

DON JOSÉ DE FUENTES

Y

DON AURELIO ALCON.

Estrenado con buen éxito en el Teatro de VARIEDADES el 14 de Octubre de 1873.

Al primer actor D. Ricardo Sanchez

J. A. A.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES. ACTORES.

PERSONAJES	ACTORES
ADELAIDA.....................	SRTA. D.ª TRINIDAD VÉDIA.
ENRIQUE......................	D. JOSÉ VALLÉS.
DON PLÁCIDO..................	RICARDO ZAMACOIS.
UNA CRIADA...................	N. N.

La escena en Sevilla.—Año 1862.

A MADEMOISELLE MARIE PRIETO.

En vous offrant la dédicace de cette petite comedie, nous ressemblons à l'apprenti de jardinier, qu'offrirait un bouquet de coquelicots à la Reine des Fleurs. Daignez, cependant, l'accepter, pas en ce qu'elle vaut—elle ne vaut rien—mais en ce qu'elle représente, c'est-à-dire, les plus sinceres remercîments de vos dévoués,

José de Fuentes. *Aurelio Alcon.*

ACTO ÚNICO.

Sala baja elegantemente amueblada en una casa de campo. Al foro jardin.

ESCENA PRIMERA

ADELAIDA, D. PLÁCIDO.

Están sentados junto á un velador tomando té y galletas.

PLAC. Ah! marquesa. Este excelente té, estas suculentas pastas, y sobre todo su agradabilísima conversacion, me han hecho conocer lo que otras mil veces hubiera querido decirla, que... este té es excelente.

ADEL. Gracias! Y dígame usted: aquí en Sevilla, ¿no echa usted de ménos á Madrid?

PLAC. ¿Cómo echarle de ménos, cuando sabe usted que si he venido á Sevilla, ha sido tan sólo por...

ADEL. Por qué?

PLAC. Por ver la capital de la Andalucía! (Me desarma con sus miradas... sin embargo, yo necesito cuanto ántes... Osadía!) Marquesa?

ADEL. Decía usted?

PLAC. Hace un momento pensaba en que á la muerte de su difunto esposo, había usted quedado viuda.

ADEL. Desgraciada verdad!

PLAC. No por eso ménos cierta. Juntos hicimos la campaña de África, si bien yo permanecí en Madrid como presidente que era de una sociedad filantrópica. Duro, pero certero plomo, arrancóle la existencia, cuando al frente de su regimiento se dirigía á atacar... pero ¿qué veo? Llora usted?

ADEL. Á mi pesar, sin querer, dedico un triste recuerdo á su memoria; dispense usted á la mujer el sentimiento de la esposa.

PLAC. Dispensar? Soy yo por el contrario quien debo...

ADEL. Pobre Enrique!

PLAC. Ah! Sí. Pobre Enrique! (En qué situacion me he venido á colocar por culpa mia. . Cambiemos de conversacion. Una mujer entregada al sentimiento encierra un manantial de concesiones... Veamos!)

ADEL. Hablemos de otra cosa, don Plácido, porque el recuerdo de mi pobre Enrique me pone tan fastidiosa...

PLAC. Tiene usted razon... quiero decir, he sido un indiscreto en recordar... Pues como decía á usted ántes; viuda á los veintidos años, jóven, bella, demasiado bella, ha sido verdaderamente indisculpable su voluntario retiro de la sociedad.

ADEL. Sin él hastiábame todo, tanto como á su lado me halagaba.

PLAC. Lo creo! (Cómo debe querer esta mujer; debe ser una mina de cariño!) Pero con todo, al verla á usted desaparecer tan de repente del trono de la belleza, en donde por la suya habíasela colocado, creímos que el sol se había eclipsado para siempre.

ADEL. Eclipse que haría aparecer nuevos y brillantes soles.

PLAC. Nunca, señora! Acudieron todos á saciar su curiosidad en mí, que como íntimo amigo de toda la Guía de Forasteros, no debía ignorar la causa de su retiro. Inútilmente durante un año viajé para indagar su nueva córte, sin calcular—nécio de mí—que tan explendente sol no podía brillar más que en el cielo de Andalucía.

ADEL. Siempre galante.

PLAC. Siempre veraz! (Nunca creí atreverme á tanto!)

ADEL. Realmente es inexplicable en usted—por lo ménos para mí—esa voluntaria dimision de rey de la sociedad.

PLAC. Rey! Último vasallo debiera usted decir... pero ah! marquesa, si usted supiera... (Ahora en mi lugar, cualquiera se declararía, y yo... yo que nunca me he de atrever!)

ADEL. Si yo supiera... Veamos!

PLAC. Imposible! Amor es tanto más grande cuanto más se oculta!

ADEL. Es decir que es el amor ..

PLAC. Cómo? Yo he dicho?... Supone usted? (Si me habré declarado sin saberlo?)

ADEL. Grande con efecto debe ser esa pasion, cuando por ella se impone tan grande sacrificio.

PLAC. Que si es grande? No es grande... es mayor que la que nadie en el mundo ha podido sentir!

ADEL. Usted, don Plácido, que tan excéptico parecia en materia de amor... enamorado! Bien dice el refran: no hay plazo que no se cumpla...

PLAC. Ni deuda que no se pague... y yo la pago al amor. Ántes, con efecto, era excéptico, ahora soy fanático. Calcule usted cuán inmenso no será el poder de esa piedra de toque que tan rápidamente me ha transformado.

ADEL. Y... quién es ella?

PLAC. Cómo quién es ella?

ADEL. Supongo que mi pregunta no habrá sido indiscreta.

PLAC. Pues cómo? No la he dicho á usted?...

ADEL. Quién era? No!

PLAC. (Y yo que creía.. Imbécil!)

ADEL. Presumo, sin embargo, que el que se creía invulnerable, habrá sido vencido por los ojos de alguna sensible andaluza.

PLAC. Andaluza? (Adelaida es malagueña...) Con efecto, andaluza es.

ADEL. La conozco yo?

PLAC. Ay! Demasiado.

ADEL. Quién es entónces?

PLAC. (El todo por el todo!) Es...

ESCENA II.

DICHOS, una CRIADA, foro, con una tarjeta.

CRIADA. Señora...

PLAC. (Maldita!)

CRIADA. Este caballero desea hablar con usted. (*Da la tarjeta.*)

ADEL. (*Lee.*) «Enrique de Lara.»—No recuerdo.—¿Nada te ha dicho?

CRIADA. No, señora; pero es el mismo que hace tres dias me entregó una carta para usted.

ADEL. Ah! sí: ya caigo.

PLAC. Enrique de Lara... Tampoco recuerdo yo ese nombre. Positivamente no frecuenta la alta sociedad... Será un cualquiera. Su nombre por lo ménos no consta en la Guía de Forasteros.

CRIADA. Qué le digo?

ADEL. Que pase. (*Váse la Criada foro llevándose el servicio del té.*)

PLAC. Cómo? Va usted á recibirle?

ADEL. Y por qué no?

PLAC. Un desconocido...

ADEL. Para nosotros. En su carta me dice ser portador de objetos que me interesan; y si usted quiere hacerme el favor de recibirle, miéntras yo me arreglo un poco...

PLAC. Con mil amores!

ADEL. Gracias por su bondad.—Hasta luégo. (*Váse izquierda.*)

PLAC. Hasta luégo, marquesa.

ESCENA III.

D. PLÁCIDO, luégo ENRIQUE, foro.

PLAC. Verse obligado todo un descendiente de los barones de Piedra-Blanda á recibir á un cualquiera. Pero en fin, ella lo quiere y...

ENR. (Entrando.) La dueña de la casa?

PLAC. Querrá usted decir la señora viuda de Mendoza, doña Adelaida Manrique, marquesa de Campo-Verde. (No tiene mala presencia!)

ENR. Sabía, con efecto, que era viuda; pero ignoraba que lo fuera de Mendoza, que se llamára Adelaida Manrique y que fuera marquesa de Campo-Verde. Debo á usted mil gracias por esas indicaciones.

PLAC. Cómo? Usted ignoraba?...

ENR. Sí á fe!

PLAC. Entónces, aunque quiero, no puedo explicarme el objeto de su visita.

ENR. Pues yo, aunque puedo, no quiero explicárselo.

PLAC. Sepa usted que estoy encargado de recibirle.

ENR. Por un momento; lo sé. Y una prueba de que acepto su recibimiento es, que al verle no he tomado el sombrero y me he marchado.

PLAC. (Creo que le he hablado demasiado fuerte!)

ENR. (Esta cara no me es desconocida!)

PLAC. (Quién será? Procuremos indagar...)

ENR. (Sentándose.) Gracias!

PLAC. Eh?

ENR. Daba á usted gracias por su invitacion.

PLAC. (Creo que se está burlando... Calma!) ¿Ha frecuentado usted la alta sociedad?

ENR. Es una leccion?

PLAC. (Caramba!) No. , una pregunta tan solo. (Qué genio!)

ENR. Detesto la ficcion y la lisonja, y haría muy mal papel en esa alta sociedad... por eso no la frecuento.

PLAC. Lo decía porque su cara de usted no me es desconocida.

ENR. Pshé!

PLAC. ¿Está usted incluido en la Guía de Forasteros?

ENR. Tambien allí cree usted haber visto mi cara?

PLAC. No, sino que su nombre tampoco me es desconocido.

ENR. Pudiera ser. ¿Ha leido usted el Escalafon de Artillería?

PLAC. (Cáspita! Es artillero!) Sí, sí; allí creo que le he visto.

ENR. Lo celebro; pero ignoro con qué derecho me hace usted esas preguntas... ¿Acaso es usted pariente de Adelaida?

PLAC. No; pero cuando ella me honra encargándome...

ENR. Que me reciba! No que curiosée de esa manera!

PLAC. Caballero! Sepa usted que el baron de Piedra-Blanda... (*Enrique se rie.*) Cómo? Se rie usted de mí?

ENR. De usted, nunca; sí de la incompatibilidad de su título.

PLAC. Me parece que me está usted insultando, y bien puede agradecer que estemos aquí! De otro modo...

ENR. De otro modo, qué?

PLAC. Le explicaría el motivo de mis preguntas. (Evitemos un lance!)

ENR. Bien considerado, me importa poco su curiosidad, y voy á anticiparme á sus deseos. Me llamo Enrique de Lara, soy comandante de Artillería y vengo á casarme con Adelaida.

PLAC. Á casarse con...

ENR. Con Adelaida.

PLAC. Já! já! Tiene gracia, hombre, tiene gracia; pero es un dolor que llegue usted tan tarde.

ENR. Con llegar á tiempo me basta. Ya sabe usted aquello de más vale llegar á tiempo...

PLAC. Que rondar un año! Vaya si lo sé.

ENR. Pues entónces...

PLAC. (Cáspita! Si tendrá razon?)

ENR. (Por lo visto este hombre adora á la marquesa!)

PLAC. (Hay que fingir... Pícara analogía!) Conque usted cree...

ENR. Que se acerca la señora de la casa y su presencia me evita continuar una conversacion que, segun parece, no le es muy agradable.

PLAC. (Á casarse... Habré oido mal?)

ESCENA IV.

DICHOS, ADELAIDA, *izquierda.*

ENR. Señora... el señor baron de Piedra-Blanda debiera ha

berme presentado á usted.

PLAC. Ah! sí... (á casarse...) digo, con efecto.

ENR. Pero sin duda piensa y piensa cuerdamente, en que ciertos asuntos, para él imprescindibles, exigen su presencia fuera de aquí.

PLAC. Cómo? Yo?...

ADEL. Ah, sí, comprendo; la andaluza...

PLAC. Caballero!

ENR. Se marcha usted? Beso á usted su mano!

PLAC. (Y se burla!)

ENR. Mi nombre y mis señas no son á usted desconocidas. Reconózcame por un servidor.

PLAC. Gracias! Marquesa...

ADEL. Que ame usted mucho.

PLAC. Gracias!! (Me echan!) (Ap. á Enrique.) (Le espero á usted.)

ENR. (Ap. á D. Plácido.) (Aquí.)

PLAC. (Ap. al irse.) (Á casarse... por fuerza he oido mal!)

ESCENA V.

ADELAIDA, ENRIQUE.

ADEL Ahora que estamos solos, caballero, ¿podré saber el objeto de su inesperada visita?

ENR. De usted depende, marquesa, el cumplimiento de la explicacion que me exige.

ADEL. Exigir? Quién ha dicho eso? Para exigir es preciso conceder, y no creo que estime usted como una concesion mi asentimiento en recibirle.

ENR. Podía usted haberse excusado y no lo ha hecho; debo, pues, á usted esta atencion, tanto más grata para mí cuanto que no me creía con títulos bastantes á merecerla.

ADEL. (Nada debo temer... es un caballero!) (Se sientan.)

ENR. (No me he equivocado... es toda una marquesa!)

ADEL. Iba usted á decir, señor don?...

ENR. Enrique.

ADEL. Con efecto, había olvidado... Decíamos pues...

ENR. Que siendo desconocidas para usted las causas que han motivado mi aparicion en su casa, debo explicárselas, y como no es otro mi objeto, voy á permitirme interrogarla.

ADEL (Riendo.) Qué consecuencia!

ENR. Empiezo. ¿Ha estado usted alguna vez en África?

ADEL. Caballero! Esa pregunta...

ENR. La sorprende, no es cierto? Lo presumía, y por lo mismo no encontraba medio de dirigírsela.

ADEL. Pues no ha podido usted elegir otro más ingenioso... Pero, prosiga usted.

ENR. Prosigo... Señora... por qué usted es viuda?

ADEL. Siguen las preguntas? Desgraciadamente lo soy.

ENR. Respeto y siento su desgracia.

ADEL. Sentirla? Por qué?

ENR. Porque hay pérdidas en la vida que no tienen reparacion... á veces.

ADEL. Ah, vamos... usted tambien...

ENR. No señora, me refería...

ADEL. Líbreme el cielo de renovar heridas tal vez aún no cicatrizadas.

ENR. (Y cómo la digo?... Imposible!) El tiempo es un cauterio al que nada resiste; pero afortunadamente mis heridas no son tan graves que necesiten de él para cerrarse.

ADEL. Confiesa usted, sin embargo, que ha sido herido.

ENR. Dos veces. Una en duelo, estando en Valencia.

ADEL. Triste razon la de las armas!

ENR. Qué quiere usted, marquesa? El mundo empezó de esa manera.

ADEL. Cierto... Cain y Abel...

ENR. No... ántes: Adan y Eva.

ADEL. Comprendido. Y si no respetára el secreto de las heridas del corazon, me atrevería á preguntar á usted...

ENR. Quién fué ella?

ADEL. Convengamos en que yo no lo he preguntado.

ENR. Convenido! (Es encantadora!) Pues ella... era una mujer.

ADEL. Mire usted qué rareza!

ENR. No había concluido.

ADEL. Concluyamos, pues, con ella.

ENR. Era una linda viuda, á la que perseguía un majadero.

ADEL. Triste privilegio el de la viudez!

ENR. No lo crea usted, marquesa: en cualquier estado de la vida, se encuentra de sobra un necio. Negóse ella, ya que hemos dado en llamarla así, á las pretensiones de aquel... don Plácido primero...

ADEL. Já! já! Tiene gracia.

ENR. Y no encontró arma más digna para vengarse que la calumnia, olvidando que ésta tiene dos filos y que yo podía esperarle con el otro. Resultó lo que era de esperar. Yo fuí herido...

ADEL. Y ella?

ENR. Ella?... Me parece que ya la he dicho á usted bastante.

ADEL. (Es un cumplido caballero!) Y la segunda, si no es indiscrecion, ¿dónde le recibió usted?

ENR. En la campaña de África.

ADEL. ¿En la campaña?... Oh! no sabe usted cuánto me alegro...

ENR. Agradezco tan piadosa intencion.

ADEL. Ha interpretado usted mal mis palabras. Me alegra, no la desgracia que experimentó usted en la guerra, sí, que sirviera usted por entónces en el ejército. Desde esa época data mi eterna afliccion.

ENR. Gracias á Dios que dice usted algo de provecho.

ADEL. ¿Se burla usted?

ENR. Burlarme? Al contrario. Los recuerdos son en el viaje de la vida las estaciones del alma, y precisamente acaba usted de llegar en este instante á la misma en que yo la esperaba há más de un año, para descansar como buenos amigos, aunque hayamos luégo de separarnos como desconocidos.

ADEL. Explíquese usted si no quiere confundirme.

ENR. Ya que usted lo quiere, sea! Va usted á pasar un momento cruel; ármese usted de valor para sufrirlo.

ADEL. No me conoce usted todavía. Los desengaños me han demostrado que la esperanza no es más que un pagaré contra la realidad.

ENR. (Qué bien define esta mujer!)

ADEL. La protesta de la mia no puede ser más negra; puede usted, pues, sin temor decir cuanto juzgue necesario para nuestra inteligencia.

ENR. Decir? Absolutamente nada. Entregar á usted algo.

ADEL. No acierto...

ENR. (El todo por el todo!) (Saca un retrato que da á Adelaida.) ¿Conoce usted ese rostro?

ADEL. (Sorprendida.) Mi retrato!

ENR. Usted lo ha dicho.

ADEL. ¿Quién ha entregado á usted esta tarjeta? Necesito saberlo... lo exijo.

ENR. Aún no me ha concedido usted nada y empieza exigiendo?

ADEL. No es ocasion de lucir el ingenio; es hora de satisfacciones y...

ENR. ¿Ha visto usted el respaldo de esa tarjeta? En él verá usted escrita la satisfaccion que me pide.

ADEL. Cielos! ¿Qué estoy mirando?

ENR. (La frase sacramental! La esperaba!)

ADEL. No me cabe duda; es el mismo que entregué á mi buen Enrique el dia fatal de su partida! Veintidos de Noviembre! Sí... no me cabe duda, es el mismo. Sólo el bien puede engañarnos; jamás la desdicha.

ENR. (Uff! Qué calor!)

ADEL. Y sin embargo, qué feliz soy al recobrarlo! Parece como que despierta mi alma á la vida con el último recuerdo de mi desgraciado amor. Cuánto me adoraba!

ENR. (Malo! malo! Casi estoy arrepentido!)

ADEL. Y usted me creía débil... Qué equivocado estaba! Qué sería la desgracia sin la fortaleza? ¿Qué la dicha sin la confianza?

ENR. Señora, respeto ese dolor santo como se merece, y como mi presencia aquí tal vez sea obstáculo... (Retirémonos á tiempo!) (Se levanta.)

ADEL. De ningura manera! Sí, quiero saberlo todo... Despues de haberle llorado muerto, ¿qué mayor pena puedo esperar?

ENR. Está usted sumamente afectada, y creo peligroso todo lo que no sea vencer su desconsuelo. Permítame usted que me despida...

ADEL. Tiene usted razon: no he podido contenerme, y he olvidado que no se debe nunca entristecer á los demas con nuestra propia tristeza. El dolor debe ser egoista.

ENR. Como debe serlo tambien la amistad, marquesa.

ADEL. Es verdad, amigo mio. ¿Volverá usted pronto, no es cierto?

ENR. Apenas necesite usted de mí.

ADEL. Gracias, Enrique!

ENR. Valor, Adelaida, y... calma! (Al marcharse.) (Todavía le quiere; creo haberme presentado demasiado pronto. Qué hermosa es!)

ADEL. Ay!

ENR. Volveré! (Váse foro.)

ESCENA VI.

ADELAIDA, levantándose.

Veintidos de Noviembre! Fecha cruel! Dia en que su desventura hízole ir á batirse por la honra de su patria. Pero ¡ay! el brillo que esta adquirió, cegó mi felicidad, revistiéndome el alma de luto por la muerte de mi corazon. Pobre Enrique! Sin duda este retrato, último don de mi cariño, fué entregado á ese jóven, cuando próximo á exhalar su último suspiro, dedicaba su pensamiento á Dios... y á mí, que tanto le quise, que tanto le quiero! En mi afliccion me olvidé de preguntar... ¡Triste codicia la del dolor! No satisfecho aún con lo que sufre, ambiciona sufrir más!—Lo que no me ex-

plico es su reserva durante dos años; natural parecía que á su vuelta de África... y sólo mi retrato... ni un recuerdo más siquiera... me hace sospechar... (Como abrigando una idea.—Rechazándola.) Qué idea! No creo que Enrique... Casualidad singular! Tambien se llama Enrique su compañero de armas: tambien, como él, es natural, sin pretenderlo; en su conversacion elegante, sin ser afectado... Parecíame al oirle que escuchaba á mi esposo... Bah! Insufrible amor propio el de la mujer! Hacer de una cuestion de nombres cuestion de corazon... Qué tontería!

ESCENA VII.

DICHA, D. PLÁCIDO, foro.

PLAC. ¿Se marchó ya ese caballerito?

ADEL. (Con disgusto.) Don Plácido! (Está visto, este hombre se propone vivir en mi casa!)

PLAC. Créame usted, marquesa! Por más que me he devanado el poco seso que con la edad me queda, nada, ni un solo detalle he encontrado que me haga recordar á ese jóven. Debe ser un cualquiera... un comandantillo de tres al cuarto! Plebeyo al fin!

ADEL. (Sin oirle.) Decía usted?...

PLAC. (Está distraida... bravo! Sin duda piensa en mi andaluza... Cuando sepa que es ella!)

ADEL. Dispénseme usted, don Plácido, pero la visita de ese jóven me ha impresionado de un modo...

PLAC. Es natural! Con tal pretension... Sin embargo, presumo que al oirle se habrá usted reido grandemente.

ADEL. Reirme?

PLAC. Cierto! Yo tambien no pude ménos de soltar el trapo cuando le oí decir con voz, un sí es no es conmovida: «Señor baron, vengo á...»

ADEL. Traerme la joya de más valor hoy para mí.

PLAC. La joya?

ADEL. Segun me ha dicho, le ha conocido.

PLAC. Le ha conocido... á quién?

ADEL. Fué compañero suyo, y recogió su último suspiro.

PLAC. Ah! recogió... (Pero señor, de quién?)

ADEL. Me ha prometido volver, y deseo...

PLAC. Es muy natural, marquesa; semejante pretension... Déjelo usted á mi cuidado, yo me encargo...

ADEL. De apresurar su venida?

PLAC. (Eh?)

ADEL. Gracias, don Plácido! Sí, yo necesito oir de su boca frases que me hagan recordar su mucho cariño.

PLAC. (No comprendo...)

ADEL. No me es dable remediarlo; su visita me ha causado tanta impresion...

PLAC. (Está impresionada! Divaga... Nunca mejor ocasion para decirla...) Marquesa... hum... presumo que no desconocerá usted el inmenso afecto que siempre la he profesado.

ADEL. No, don Plácido, y mucho ménos ahora que tanto le necesito.

PLAC. Pues bien, hoy más que nunca he conocido que su felicidad de usted estriba en mí!

ADEL. Ah! Tiene usted razon!

PLAC. (Ella misma me indica...) Sí, Adelaida, sepa usted que yo la...

ADEL. Sí, lo sé.—Gracias á usted seré feliz, porque ántes de poco...

PLAC. Cuando usted quiera! (**Rápido hasta el final.**)

ADEL. Podré volver á la vida...

PLAC. Eso es!

ADEL. Volviendo á ver á ese jóven.

PLAC. Eh?

ADEL. Él me comprende...

PLAC. Pero...

ADEL. Y me hablará de él, de él á quien tanto se parece.

PLAC. (Esta mujer está loca!)

ADEL. Gracias, amigo mio, gracias; esperaré su vuelta...

PLAC. Mas...

ADEL. Con febril impaciencia!

PLAC. Pero marquesa....

ADEL. Gracias á usted, podrá gozar de un lenitivo, aunque pequeño, mi inmenso dolor. (Váse izquierda.)

ESCENA VIII.

D. PLÁCIDO.

Su inmenso dolor... Esa pobre marquesa ha perdido el juicio... es indudable! Únicamente de ese modo puede habérsela ocurrido la idea de que yo vaya á buscarle á ese mequetrefe, á quien, segun parece, ama ya apasionadamente. Pues hombre! Tendría gracia que todo un noble, con la importancia... que le dan sus blasones, se transformara en... y yo, yo que la adoro, y que ella lo sabe... es decir, debe saberlo! Bastante se lo han indicado mis tiernas y lánguidas miradas, ya que no mi alejamiento y abandono del centro de esa sociedad á quien me debo. Oh! Yo le diré al tal Enriquito... (De pronto.) Sublime idea! Como mia! Dicen que el que da primero, da dos veces... Disputándole el cariño de Adelaida, le desafiaré, no aceptará...—es decir, lógicamente no debe aceptar; yo en su lugar me guardaría muy bien—me dejará por lo tanto libre el campo y... (Campanilla.) Ahí está! Cáspita, y qué prisa se ha dado á volver. No importa, ahora veremos!

ESCENA IX.

DICHO, ENRIQUE, por el foro.

ENR. (Aquí este necio!)

PLAC. Caballerito?

ENR. Y Adelaida?

PLAC. Ignoro dónde se halla... porque tengo que hablar con usted.

ENR. Conmigo?

PLAC. Y muy sériamente! (Así... energía!)

ENR. (Este imbécil me estorba. Alejémosle de aquí cuanto ántes!) No tengo inconveniente en oirle, si primero me permite que le dirija una pregunta.

PLAC. Sea, pero pronto!

ENR. Qué prefiere usted, el plomo ó el acero?

PLAC. Eh?

ENR. ¿Cuál de los dos metales es á usted más simpático?

PLAC. No sé verdaderamente á qué conduce esa pregunta

ENR. Muy sencillo. Toda pregunta conduce á una respuesta, y esa es la que espero.

PLAC. (Cáspita!)

ENR. Dice usted?

PLAC. Pshé... considerada la cuestion metalúrgicamente...

ENR. No: considérela usted en campo raso y entre cuatro amigos.

PLAC. Es decir, que me propone usted...

ENR. Precisamente! Un desafío.

PLAC. (Diantre! Las cañas se vuelven lanzas!)

ENR. Me ha comprendido usted á las mil maravillas, por lo que me doy la enhorabuena.

PLAC. (Yo no, cáspita!) Eso es una iniquidad!

ENR. Cómo?

PLAC. Un atropello!

ENR. Caballero!

PLAC. Es decir, que no contento con robarme el cariño de Adelaida...

ENR. Eh? Qué ha dicho usted?

PLAC. Sí, señor, el cariño de Adelaida, porque demasiado debe usted saber que ella le ama apasionadamente.

ENR. Que ella...

PLAC. Dice que se parece usted á su marido hasta en el modo de hablar!

ENR. Oh poder de la imitacion!

PLAC. Hace un momento lo he oido de sus labios.

ENR. Usted?

PLAC. Sí, yo; y cuando era á mí á quien tocaba...

ENR. Es decir, que ella me ama?

PLAC. Sí señor, no solamente le ama, sino que le adora.

ENR. Será posible?

PLAC. Que si es?... Ay... desgraciadamente sí.

ENR. (Abrazándole.) Amigo mio!

PLAC. Pero cómo? usted no lo sabía?

ENR. No á fe; así es que estoy á usted doblemente agradecido.

PLAC. Más... Y he sido yo quien... (Desesperado.) Dios mio, qué imbécil soy.

ENR. Verdad...

PLAC. Eh?

ENR. Verdad que ella no ha tenido tiempo ni aun de dármelo á entender; pero á su claro talento debo sin duda el oirlo á persona tan distinguida.

PLAC. Se burla usted?

ENR. Burlarme? Todo lo contrario. Tanto es así, que le suplico no haga caso de cuanto ántes pude decirle. Amándome Adelaida, me es la vida muy preciosa y no quiero aventurarla en un desafio, una vez, por otra parte, que han desaparecido las causas que lo motivaron.

PLAC. (Ah! no quiere batirse? Pues ahora me toca á mí!)

ENR. Ofrezco á usted mi mano y con ella mi franca amistad.

PLAC. Que yo no acepto.

ENR. Cómo?

PLAC. Que yo no puedo aceptar! Me ha robado usted el amor de Adelaida y el duelo es inevitable!

ENR. Mas...

PLAC. Tiene usted miedo, eh? (Ahora es la mia!)

ENR. Señor baron!...

PLAC. Pues sepa usted, señor mio, que todos mis ascendientes, y yo, hemos sido siempre hombres de corazon, y especialmente el primer baron de Piedra-Blanda...

ENR. Mas...

PLAC. Sépalo usted, caballerito: cuenta la crónica que combatiendo al lado de un rey, cuyo nombre no me permite recordar mi enojo, fué despedido de su caballo, cayendo contra una roca que pulverizó con su cabeza,

por cuya hazaña le fué concedido el glorioso título que mis demas ascendientes y yo hemos heredado!

ENR. Y qué me importa?...

PLAC. Es decir, que rehusa usted? (Magnífico!) Armas, caballero, armas!!

ESCENA X.

DICHOS, ADELAIDA por la izquierda.

ADEL. Qué gritos! ¿Qué sucede?

ENR. (Ap. á D. Plácido.) Ella! Silencio!

PLAC. Diré á usted...

ENR. El señor baron, mi buen amigo...

PLAC. (Su buen amigo... víbora!)

ENR. Relataba un glorioso hecho de armas, y en su entusiasmo...

PLAC. (Pues no dice que yo...)

ADEL. Don Plácido?

PLAC. Marquesa?

ADEL. Acaban de traerme unos magníficos grabados, y quisiera quedarme con algunos... de su eleccion.

PLAC. Comprendo! (La estorbo y me echa... ántes él, ahora ella!)

ADEL. Los he mandado llevar á la biblioteca.

PLAC. Voy al instante, no sin dar á usted gracias por... (Aparte al pasar al lado de Enrique.) (Volveré!) (Váse segunda izquierda.)

ENR. (Indiferente.) Bien! (Ap. refiriéndose á Adelaida.) (Desea hablar conmigo... Tendrá razon don Plácido... Allá veremos!)

ESCENA XI.

ADELAIDA, ENRIQUE.

ADEL. (Al desaparecer D. Plácido.) Gracias á Dios! Ni de encargo que se buscára, podría hallarse baron más impertinente!

ENR. (Creo que no me ha engañado!) Pobre don Plácido, y

con cuánta crueldad le trata usted. ¿Puede él hacer otra cosa que amarla?

ADEL. Pudiera decirlo, que no creo sea amor la oficiosidad, ni modo de inspirarle el abuso de confianza. El que se ama mucho á sí propio, está expuesto á no ser amado de los demas, y eso precisamente le sucede á don Plácido. Ente más original...

ENR. Me parece, marquesa, que empezamos á murmurar y...

ADEL. Líbreme el cielo! La murmuracion es entretenimiento de ociosos y desocupados, y usted y yo tenemos mucho de qué tratar, para pretender hacer tiempo malgastándolo. ¿No es cierto?

ENR. Mucho que sí. (Yo sabré la verdad!) Tanto más cuanto que asuntos del servicio me obligan á abandonar hoy mismo estos lugares.

ADEL. (Sorprendida.) Abandonar?

ENR. Esa es la palabra, y esa tambien la razon de mi segunda visita. (Ha hecho efecto!)

ADEL. Pero...

ENR. Vea usted la órden que acaban de comunicarme. (Sacando un papel.)

ADEL. No hace falta.

ENR. Bien. (Lo guarda.) (Me luzco si la toma!)

ADEL. (Órden más inoportuna!) Quiere decir que ésta es la última vez que tengo el gusto de verle?

ENR. (La enoja mi partida!) La última... por ahora. (Esto marcha!)

ADEL. Qué contratiempo!

ENR. Decía usted?

ADEL. No... nada.

ENR. Dispénseme usted, pero ó yo he oido mal, ó usted acaba de decir: «qué contratiempo.»

ADEL. Tendría algo de particular el haberlo dicho?

ENR. De ningun modo, puesto que es una verdad al ménos para mí. Qué quiere usted, marquesa, un dia es harto breve para sentir en él dos goces...

ADEL. (Eh?)

ENR. Y despues de haber tenido el de conocerla, no podía esperar el inmenso de tratarla.

ADEL. Mil gracias! (Yo he oido esa frase ántes de ahora!)

ENR. (Reflexiona... Si sospechará!)

ADEL. (No me cabe duda... Veamos!) Usted conoció á mi esposo?

ENR. (Ya pareció aquello!) No, no tuve esa honra.

ADEL. (Es particular!) ¿Pues no hicieron ustedes juntos la guerra?

ENR. Ciertamente; pero servíamos en distintas armas. Conocí al coronel tres dias ántes de su muerte; la confianza con que me honró demostrará á usted, no obstante, que nuestra amistad fué breve, pero intensa.

ADEL. Y sin embargo, ha necesitado usted dos años para cumplir la voluntad de su amigo.

ENR. Bien á pesar de la mia. Si yo hubiese sido libre...

ADEL. Ignoraba fuese usted casado.

ENR. Ave María Purísima! Casado yo? Pues mire usted, no lo sabía.

ADEL. De veras?

ENR. Y tanto, como que casi nunca he pensado en ello. (El *casi* muy marcado.)

ADEL. Tan mala idea tiene usted del matrimonio?

ENR. Diré á usted, mala no... peor! En mi juicio, el matrimonio no es más que la segunda vida de la mujer y la primera muerte del hombre!

ADEL. (Habrá egoista!) Agradezco mucho...

ENR. Dispénseme usted, marquesa... no recordaba que era usted viuda y...

ADEL. Usted es el que debe perdonarme. Había olvidado que era usted militar...

ENR. (Escamado.) Y bien?

ADEL. (Sonriendo.) No se alarme usted, pues siéndolo no se pertenece usted á sí mismo...

ENR. (Respiro!) He sido indiscreto y lo siento: ruego á usted que me perdone. Bastante he abusado de su paciencia y me retiro. El tiempo de que puedo disponer

para arreglar mi viaje es muy corto y un dia de despedidas es tan largo...

ADEL. (Otro axioma de Enrique!) Decididamente ¿no trató usted al coronel ántes de la guerra?

ENR. Decididamente no; pero ¿quiere usted decirme el por qué de su insistencia?

ADEL. Por... por nada: por variar de conversacion. (No sé qué pensar...) Pero ya se marcha usted?

ENR. No hay otro remedio... la milicia es inexorable!

ADEL. Demasiado, y sobre todo cuando obliga á hacer amistades que sólo duran una hora.

ENR. (Esta es la mia!) Las afecciones que duran más, son ambiciosas, y se llaman de otro modo.

ADEL. Buen ejemplo de esa verdad el íntimo afecto de usted para la incógnita de Valencia.

ENR. Ojalá hubiera podido hacerme digno de su amor.

ADEL. Tanto valía?

ENR. Tanto vale! (Pecho al agua!) Vivir á su lado sería la felicidad de un rey: vivir en su corazon la ambicion de un ángel! Para adorarla es suficiente verla; para merecer su amor, sería necesario hacerse digno de Dios! Su mirada es un peligro que debe evitarse...

ADEL. (Qué fuego!)

ENR. Yo creo que el amor mismo, envidioso de sus ojos, cegó para no verlos. Habla como la melodía, anda como la gracia y encanta como la belleza!

ADEL. (Cómo me mira!)

ENR. Tanto vale, que debe amársele desde lejos con respeto, porque un amor sin esperanza es la muerte de la razon, es la locura!

ADEL. Qué descripcion tan apasionada! Cualquiera que le oyese creería que estaba usted delante de su ídolo.

ENR. Nunca la he tenido tan presente, es cierto!

ADEL. (Torpe de mí... ya entiendo! Ahora verás!) Lástima que no haya podido escucharle. Un amor que se expresa así despues de dos años, revela una consecuencia rarísima en estos tiempos.

ENR. Dos años y una hora.

ADEL. Digo, si es usted matemático, que no perdona ni áun las fracciones.

ENR. El amor ha inventado los minutos!

ADEL. Cómo? Qué? (Otra frase...) Amigo mio, si continúa usted negando, acabará por confundirme. Aquí hay un enigma del que tiene usted la clave; y necesito, ¿lo oye usted? necesito la palabra que dé la solucion. ¿Será usted tan amable?...

ENR. Por qué no lo ha dicho usted ántes? No deseaba yo otra cosa. Ahí lo tiene usted explicado. (Le da un medallon.)

ADEL. Un medallon!

ENR. Un medallon que contiene... la imaginaria incógnita de Valencia.

ADEL. (Abriéndole.) Mi retrato!

ENR. Precisamente: copiado del otro.

ADEL. Pero esto es atropellar por todo, faltando á las conveniencias!

ENR. Y es muy natural! Si las conveniencias se hubieran observado siempre, ningun hombre se hubiera atrevido á decir á la mujer: «te amo;» ninguna hubiera contestado: «y yo;» y el mundo hubiera acabado al empezar.

ADEL. Cierto; mas fuera ya de ese peligro, es un juez que no perdona nunca.

ENR. Esa máxima es anterior á los caminos de hierro. Hoy no separa á los dos mundos más que un arroyo y...

ADEL. Es demasiado pronto para abandonar mis únicos compañeros: el dolor y la tristeza.

ENR. Pueden hacer el viaje con nosotros, y yo sé de un médico que acabará por curarnos de ellos.

ADEL. Cómo se llama?

ENR. El tiempo.

ADEL. Prometo consultarlo.

ENR. Al momento, no es eso?

ADEL. Dentro de un año.

ENR. Es demasiado tarde.

ADEL. Entónces á su vuelta.

ENR. Es que mi viaje depende únicamente de usted.

ADEL. Cómo puede ser eso?

ENR. Renunciando á mis banderas, siempre que se me acoja bajo el pabellon de las amistades ambiciosas.

ADEL. Con qué grado?

ENR. Con el superior.

ADEL. Concedido... pasado un año!

ENR. Me resigno! Pero ahora que recuerdo... yo no puedo aceptar.

ADEL. Qué dice este hombre?

ENR. He sido muy criminal, lo confieso, y el remordimiento me acosa.

ADEL. Querrá usted explicarse? No adivino...

ENR. (Sacando un libro de memorias que da á Adelaida.) Este libro sacará á usted de dudas.

ADEL. De mi marido! (Lee.) «El amor ha inventado los minutos...» «Un dia es bien corto para sentir en él dos goces...» ¿Qué quiere decir esto, señor embustero?

ENR. Que yo he hecho á usted el amor por boca de ganso... digo, no; por boca de...

ADEL. Y qué castigo merece ese ardid de guerra?

ENR. El plazo impuesto á nuestra ventura, ¿no es bastante?

ADEL. Demasiado!

ENR. (Besando la mano á Adelaida.) Ah! mi agradecimiento será eterno!

ADEL. Enrique!

PLAC. (Saliendo y dejando caer las láminas.) Marquesa... Cielos! Qué miro?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PLÁCIDO, foro.

ADEL. Ah! es usted, baron?

PLAC. (Recogiéndolas.) Sí señora, sí, soy yo... (Que no hubiera cegado!) Yo, que venía á enseñar á usted los grabados que he elegido... Entre ellos, (Intencion.) hay un interesante Narciso y una engañadora Dalila!

ADEL. Gracias, don Plácido.

PLAC. Marquesa... (Ap. á Enrique.) (Hum!!)

ADEL. (Ap. á D. Plácido.) (De hoy más estaré á usted eternamente agradecida... (Por Enrique.) Será mi mejor amigo!)

PLAC. (Oh!)

ENR. (Ap. á D. Plácido.) (Gracias á usted me amará!)

PLAC. (Pero... y he sido yo, yo... Esto es demasiado; cuando estaba decidido á declararme... ¡Bonito papel he estado haciendo!)

ADEL. (Pobre baron!)

ENR. No me atrevo á recordar á usted aquel refran...

PLAC. No acierto...

ENR. Más vale llegar á tiempo...

PLAC. Gracias por la atencion! Marquesa, estoy á sus piés... Caballero, beso á usted su mano!

ADEL. Cómo? Nos abandona usted?

PLAC. (Íngrata!) Me vuelvo á Madrid... Sabe usted que me debo á la sociedad y...

ADEL. Lo comprendo y no debo oponerme. Sin embargo, ya que con tanta amabilidad desempeña usted cuantos encargos se le hacen, espero no me rechaçe usted el último.

PLAC. El último? Sea! (Resignacion cómica.) (Apuremos hasta las heces el cáliz de la torpeza!)

ADEL. Pues que se muestra tan complaciente, tome á su cargo el solicitar la aprobacion...

PLAC. (Por el público.) De esos señores? Jamás!

ADEL. Pero...

PLAC. Imposible!

ENR. (Suplicándole.) Señor baron...

ADEL. (Id.) Amigo mio...

PLAC. Bien, basta, lo haré... (Imprudentes!!)
(Al público.) Aunque mi suerte fatal
me hace sufrir el rigor
de una derrota moral,
tendré por bien este mal
si oigo aplaudir al autor.

FIN DEL PROVERBIO.

OBRAS DE LOS AUTORES

Ardides de una mujer........	En un acto y en prosa.
Por tener el mismo nombre...	En un acto y en verso.
I due conspiratori..........	En un acto y en verso.
Los mandamientos del tio....	En un acto y en verso.
Flor y fruto...............	En un acto y en prosa.
Una leccion al maestro......	Id., id., y en verso.
Un manojo de espárragos....	En un acto y en prosa.
D. Eduardo Lopez y García...	En dos actos y en prosa.
Un jóven comprometido......	En un acto y en verso.
Favor por favor............	Id., id., verso.
Amad al prójimo............	Id., id., id.
¡Por un boton!............	Id., id., id.
¡Necesito un hombre!.......	Id., id., id.
Un beso anónimo............	Id., id., id.
Simpatías!	Id., id., id.
Por echarlas de tenorio....	Zarzuela en un acto y en verso.
La sota de bastos..........	Juguete en un acto y en prosa.
Á caza de aventuras........	Id., id., id.
Mas vale llegar á tiempo...	Proverbio en un acto y en prosa.

ADICION

ás obras de esta Galería, posterior á la de 24 de Enero de 1874.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
	COMEDIAS Y DRAMAS.			
	Adelina.	1	Sres. Lastra y Prieto	Todo.
2	Al revés—j. o. v.	1	D. Juan Mela	»
2	Basta de matemáticas—j. o. p.	1	Vital Aza	»
1	Bromas con la vecindad.	1	Eduardo de Inza	»
2	El amor de Cayetana—c. o. v.	1	Vicente Rubio	»
2	El hijo de D. Damian—j. o. v.	1	Pedro Escamilla	»
2	Estrella—c. o. v.	1	J. Velazquez y Sanchez	»
	Juan Leiden	1	Eduardo Navarro	»
2	La sota de bastos—j. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon	»
2	Los tres mosqueteros	1	D. Eduardo de Inza	»
3	Más vale llegar á tiempo—p. o. p.	1	Sres. Fuentes y Alcon	»
2	Padres ante todo—d. o. v.	1	D. José Sanchez Arjona	»
	Pelillos á la mar.	1	Leandro Torromé	»
	Pescar por partida doble	1	Leandro Torromé	»
	Por lo flamenco	1	Pedro Escamilla	»
	Una visita	1	Eduardo de Inza	»
1 a.	El general Bonete ó el cura Santa Cruz—c. o. p.	2	Francisco Macarro	»
	El nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño	»
1	La serpiente del crímen—d. o. v.	2	Juan de Alba	»
	Agrippina, viuda de Germánico	3	Luis Bonafox	»
3	Desde el umbral de la muerte—c. o. v.	3	Tomás Rodriguez Rubí	»
	El buen caballero.	3	Antonio G.ª Gutierrez	»
	El pecado de Cain	3	Eduardo Navarro	»
	Judit.	3	Luis Bonafox	»
	La paz del hogar	3	Leandro Torromé	»
2	L'Hereu—d. o. v.	3	Sres. Retes y Echevarría	»
2 a.	La pompa de jabon—c. a. p.	3	D. Joaquin García Parreño	»
	Norma	3	Luis Bonafox.	»
	Pia de Tolomei	3	Luis Bonafox	»
	Sembrad y cogereis	3	D.ª Dolores Monserdá	»
	ZARZUELAS.			
1	El domador de fieras	1	SS. Ramos, Campo y Barbieri.	L. y M.
	Los rosales de Mañara.	1	Manuel Caro y Cueto.	Libro.
3	Una equivocacion de puerta	1	Alba y Gisbert	L. y M.
	Un pobre diablo,	1	Antonio Corzo y Barrera.	Libro.
	Fausto (*parodia*).	2	Pina D. y Hernandez	L. y M.
3	La flor de Besalú—a. p.	3	Cañete y Casares	L. y M.
4 c.	Los comediantes de antaño—o. v.	3	Pina y Barbieri	L. y M.

ADVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION las músicas de *Á ima hora* y *Los pájaros del amor*; el libro de *Doña Casimira* y el libro y música de *loco más ó los Bufos franceses en Madrid*, todas zarzuelas en un acto; la música de *Carnaval de Madrid* y el libro de *El sargento Bailén*, en dos actos, y el libro y música *Barba Azul*, en tres actos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.